

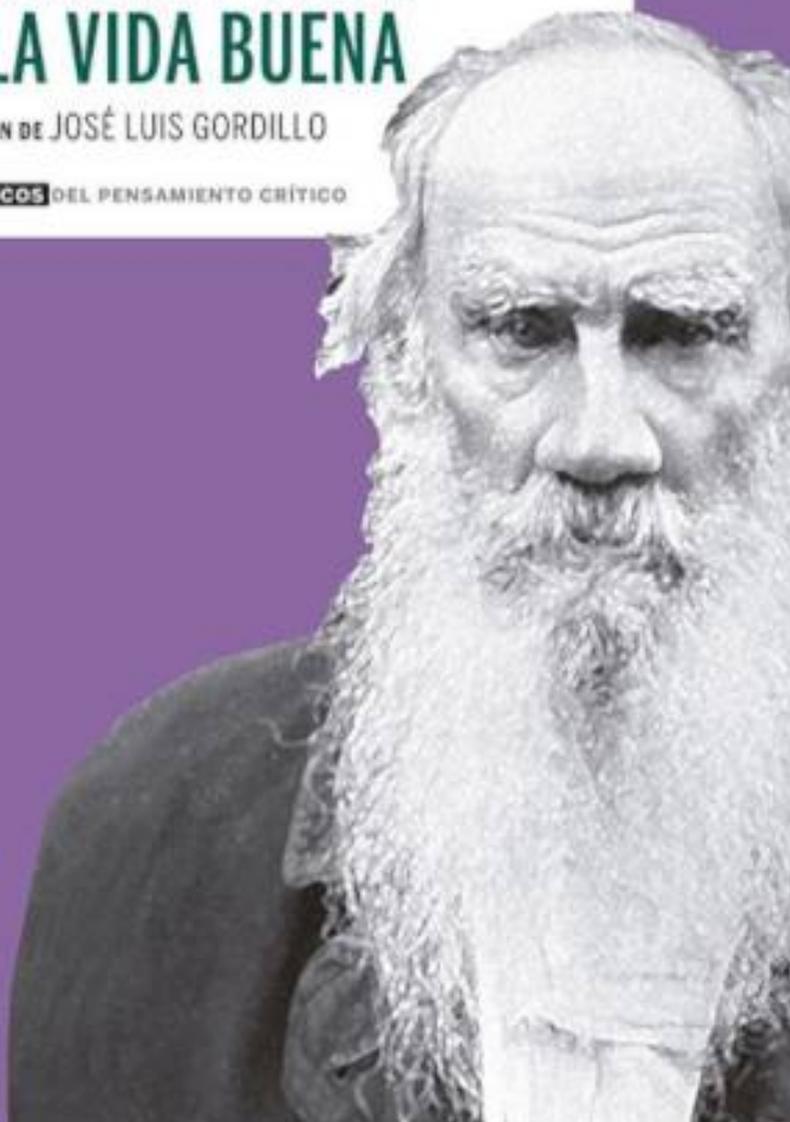
ANTOLOGÍA

LEÓN TOLSTÓI

SOBRE EL PODER
Y LA VIDA BUENA

EDICIÓN DE JOSÉ LUIS GORDILLO

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO



SOBRE EL PODER Y LA VIDA BUENA

EDICIÓN DE JOSÉ LUIS GORDILLO

LEÓN TOLSTÓI

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

FUNDADOR: FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY (1943-2012)
DIRECTORES: JORGE RIECHMANN Y CÉSAR DE VICENTE
HERNANDO

LOS TÍTULOS QUE INTEGRAN ESTA COLECCIÓN TIENEN UNA ORIENTACIÓN FUNDAMENTALMENTE PEDAGÓGICA. SU OBJETIVO ES ACERCAR AL LECTOR ACTUAL LA OBRA Y EL PENSAMIENTO DE AQUELLOS AUTORES Y AUTORAS QUE HAN DESTACADO EN LA ELABORACIÓN DE UN PENSAMIENTO CRÍTICO A LO LARGO DE LA HISTORIA: ENSEÑAR QUÉ DIMENSIÓN HISTÓRICA TUVIERON Y QUÉ DIMENSIÓN POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL TIENEN; ENSEÑAR CÓMO SE LEYERON Y CÓMO SE LEEN HOY.

PRIMERA EDICIÓN: MARZO 1999
SEGUNDA EDICIÓN: FEBRERO 2018

DISEÑO DE CUBIERTA: MARTA RODRÍGUEZ PANIZO

© EDICIÓN DE JOSÉ LUIS GORDILLO FERRÉ, 2018
© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

SOBRE EL PODER Y LA VIDA BUENA

ISBN: 978-84-9097-415-5

E-ISBN:978-84-9097-430-8

DEPÓSITO LEGAL: M-2.923-2018

IBIC: DQ/DNF/BJ

ESTOS MATERIALES HAN SIDO EDITADOS PARA SER DISTRIBUIDOS. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEAN UTILIZADOS LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGAN CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

JOSÉ LUIS GORDILLO FERRÉ

Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Barcelona. Ha publicado libros, capítulos de libros y artículos sobre objeción de conciencia, pensamiento pacifista, guerra contra el terrorismo, función constitucional de la monarquía y ecología y derecho. Es investigador del Centro Delàs de Estudios por la Paz. En 1981 fundó, junto a otros activistas, el primer Comité Anti-OTAN de la Universidad Autónoma de Barcelona y en 1983 se declaró objetor de conciencia al servicio militar. Desde entonces ha sido miembro activo del movimiento pacifista barcelonés.

INTRODUCCIÓN

JOSÉ LUIS GORDILLO

1

Hace más de un siglo, los responsables de la Casa Editorial de las Publicaciones de la Escuela Moderna, al presentar un ensayo político[1] de Tolstói, formularon la siguiente advertencia: "Si bajo el punto de vista de las ideas hubiéramos de juzgar a Tolstói, tendríamos que señalar profundas discrepancias con las suyas. No somos cristianos, no creemos en su moral, que reputamos falsa y sin fundamento humano. ¿Quiere esto decir que negamos valor positivo a la obra de Tolstói? En modo alguno". Cien años después, también nosotros compartimos esta valoración y la consideramos, además, la premisa de todo lo que se va a exponer a continuación.

El ensayo aludido veía la luz en una colección de divulgación popular que incluía ensayos o relatos de autores como: V. Hugo, Pi y Margall, P. Proudhon, E. Reclús, E. Zola, Diderot, Voltaire, J. J. Rousseau, H. Spencer, J. Jaurès, Ch. Darwin, Ch. Dickens o M. Gorki. Se trataba de una más de las muchas traducciones o versiones que se hicieron en castellano de los ensayos del viejo Tolstói. Su elevado número[2] es indicativo de que en su obra ensayística hubo ele-

mentos críticos que, sin duda, contribuyeron a la formación de una conciencia antimilitarista y revolucionaria entre las clases populares ibéricas de principios del siglo XX. También sugiere el gran interés que existía entre la intelectualidad progresista de entonces en conocer la opinión sobre cuestiones sociales del que ya era considerado como uno de los grandes escritores de su tiempo.

Todo ello contrasta con el poco aprecio que con posterioridad ha tenido la obra no literaria de Tolstói. De hecho es ya casi un lugar común, entre personas de cierta cultura, afirmar que León Tolstói fue siempre un excelente literato y en su vejez un mal pensador. Se trata de una opinión que ya pusieron en circulación algunos de sus contemporáneos. Turgueniev, significado escritor ruso de la corriente occidentalista y liberal, estimaba que cuando a Tolstói le daba por filosofar no hacía otra cosa que dar “palos de ciego”; mientras que cuando “tocaba tierra” con la literatura, encontraba de nuevo “todas sus formas”[3]. Desde su lecho de muerte, tras tener noticia de que Tolstói dedicaba casi todo su tiempo a escribir sobre asuntos teológicos y morales, le escribió una carta en la que le suplicaba: “¡Vuelva a la literatura! Ella es su verdadero don. Gran poeta de nuestra tierra: escuche mi ruego”[4]. La propia mujer de Tolstói, pensando sobre todo en la cuenta de beneficios por los derechos de autor, opinaba irritada que su marido cuando filosofaba malgastaba sus energías escribiendo “tontearías”[5].

Este juicio presupone que es posible separar de forma tajante lo literario de lo no literario en la obra del famoso escritor ruso. Para él, sin embargo, no había solución de continuidad entre literatura y ensayo con explícito punto de vista moral y político. Tolstói estimaba, como tantos otros escritores de la Rusia de su tiempo influidos por el pensamiento de Vissarion Belinsky, que la literatura era un medio, entre otros, de conocer y difundir la verdad. Así, al final de

Sebastopol en mayo, una de sus primeras publicaciones que tuvo problemas con la censura, afirmaba con orgullo: “El héroe de mi relato, al que amo con toda la fuerza de mi alma, el que he tratado de reproducir en toda su hermosura... es la Verdad”. Y a su novela más conocida, *Guerra y paz*, le añadió un curioso epílogo[6] en cuya segunda parte exponía sus reflexiones sobre la posibilidad de conocer las causas verdaderas de la historia humana. Estas disquisiciones venían a cuento porque lo que acababa de escribir hacía referencia a hechos ocurridos hacía muchos años, lo que planteaba la cuestión de la verosimilitud de lo narrado. Los ensayos y los panfletos de sus últimos años serían otra manera de servir al mismo ideal.

Otro dato que avala la continuidad entre su literatura y su obra ensayística es la coincidencia en los temas de fondo tratados en ambas. Se trata de un aspecto de la obra de Tolstói en el que puso mucho énfasis el gran crítico literario George Steiner, en un conocido trabajo suyo publicado a finales de los años cincuenta del siglo pasado[7].

Según G. Steiner:

Las doctrinas de sus últimos años, la evolución de sus preferencias instintivas dentro de una coherente disciplina filosófica y social, no fueron el resultado de cambios súbitos, sino más bien una maduración de las ideas manifestadas en su adolescencia. [...] No hubo una conversión brusca ni una súbita renuncia del arte en favor de un dios más alto. En su mocedad, un día se arrodilló y lloró ante una prostituta y anotó en su diario que el camino del mundo era el camino de la condenación. Esta convicción ardió siempre en él, y la incesante energía de sus obras literarias refleja el hecho de que cada una de ellas era una victoria de su genio poético contra la mortificante creencia de que nada aprovecha a un hombre ganar la gloria artística si pierde su alma. Incluso en sus

mejores logros imaginativos, Tolstói revela su lucha interior y le da forma en un tema siempre recurrente: el paso de la ciudad al campo, de la miopía moral al descubrimiento de uno mismo y la salvación[8].

Lleva razón Steiner al señalar la unidad temática existente en toda la obra de Tolstói y la continuidad entre algunas preocupaciones morales manifestadas en su juventud y en su vejez. De hecho, a los veintisiete años, el escritor anotó en su diario que acababa de tener un pensamiento “grandioso e inmenso”: sentar las bases de una nueva religión “conforme al progreso de la humanidad, una religión de Cristo, pero despojada de la fe y el misterio; religión práctica que no prometerá la beatitud eterna sino que la procurará en la tierra”[9]. Como dice Henri Troyat, uno de sus mejores biógrafos, el núcleo de toda la doctrina futura del anciano Tolstói está contenido en estas frases “anotadas de prisa en su carnet”[10]. Asimismo, dos años más tarde escribió en un cuaderno de apuntes: “Todos los gobiernos se aprovechan lo mismo del bien que del mal. El ideal es la anarquía”[11]; una frase que anuncia el anarquismo cristiano de su vejez. Por lo demás, en las reflexiones de algunos personajes de sus novelas más conocidas —Pierre Bezukhov o Andrés Bolkonski, de *Guerra y paz*, o Konstantín Levin, de *Ana Karenina*— están presentes muchos de los problemas éticos y sociales de los que partiría toda su obra ensayística.

Ahora bien, el razonamiento de Steiner, como hemos visto, sugiere que no hubo una ruptura vital entre el joven literato y el viejo ensayista. Se trata de una tesis arriesgada que Steiner propone para polemizar con una larga tradición de comentario y crítica de la obra de Tolstói. Se podría aceptar, en principio, en el nivel de abstracción en el que sitúa su argumentación. Pero si situamos un par de peldaños más abajo la perspectiva del análisis y centramos la atención en cómo fue evolucionando en concreto la con-

cepción de la salvación personal en Tolstói, la tesis de Steiner es más que cuestionable.

2

Como es sabido, Tolstói nació en 1828 en el seno de una familia de la aristocracia terrateniente rusa. Una familia en donde se aunaba el romanticismo decadente, la alta cultura, la cortesía más exquisita en el trato entre iguales y la extrema brutalidad en el trato con los siervos o, para decirlo parafraseando a Trotski, donde se hermanaba “el amor a la naturaleza” con “el amor al látigo”. Esto último no es ningún eufemismo: en varias ocasiones el joven Tolstói ordenó que se azotase a alguno de sus siervos, una de las muchas cosas de las que se avergonzaría en sus últimos años. En su juventud, Tolstói no fue un rebelde en ningún sentido que se le quiera dar a esta palabra, sino que llevó el tipo de vida característico de un hombre de su posición social, alternando estancias veraniegas en su hacienda de Yásnaia Poliana con estancias invernales en Moscú o San Petersburgo, donde frecuentaba los salones de la nobleza cortesana y llevaba una vida disipada y ociosa (o de “parásito”, como diría él mismo muchos años después). Inició un par de carreras universitarias —Lenguas Orientales y Derecho— con la intención de ingresar posteriormente en el cuerpo diplomático, esto es, para acceder a uno de los escalones superiores de la burocracia del Estado zarista. No finalizó ninguna de las dos, tanto por sus apasionadas desavenencias con los profesores como por su pereza, dispersión y su preferente dedicación a las prostitutas gitanas, el alcohol y el juego. Durante más de dos años sirvió como oficial en el ejército del zar por propia voluntad y con plena convicción

patriótica, y como tal participó en la defensa de Sebastopol en el transcurso de la guerra de Crimea (1853-1856).

En su juventud, sus opiniones políticas no fueron hostiles por principio al régimen zarista; más bien, osciló entre el desinterés por la cosa pública y la simpatía por los partidarios de aplicar reformas graduales que aproximasen Rusia a los países de Europa occidental[12]. En el gran debate entre eslavófilos y occidentalistas, que dividió a la intelectualidad rusa a mediados del siglo diecinueve, el joven Tolstói nunca tomó partido por unos o por otros de forma clara. Su paternalista preocupación por la vida de sus siervos, su inmensa devoción por Rousseau y su muy ilustrada preocupación por la educación del pueblo, le acercaban sin duda a los occidentalistas; pero también se sentía próximo a los eslavófilos cuando estos exaltaban los sentimientos patrióticos y la supuesta sabiduría y espiritualidad del campesinado ruso. Por otra parte, en el debate entre los partidarios del “arte por el arte” y los del “arte comprometido”, Tolstói nunca adoptó una posición coherente y constante: en algunos momentos pareció decantarse por lo primero, pero enseguida le asaltaban dudas y preguntas que debilitaban la firmeza de sus convicciones. En su juventud y primera madurez, el pensamiento de Tolstói fue más el de un escéptico curioso y vital, que de vez en cuando dudaba de su escepticismo, que otra cosa.

Los actos con alguna trascendencia política y social que protagonizó por esa época bien pueden verse como propios de un liberal moderado y eslavófilo. Fundó en sus posesiones, por ejemplo, escuelas para los hijos de los campesinos con cierto espíritu rousseaniano y libertario. Fue también un temprano crítico de la servidumbre campesina e intentó emancipar a sus siervos cinco años antes de la abolición legal, aunque sin mucho éxito, todo sea dicho, ya que no supo darles una respuesta satisfactoria sobre el nuevo tipo de relaciones económicas y jurídicas que establece-

ría con ellos después de la desaparición de los lazos de servidumbre. Los campesinos creían que el zar les concedería en breve la libertad y, además, la propiedad de las tierras que habían trabajado ellos y sus ancestros. Tolstói, en cambio, solamente les ofrecía arrendar las tierras y el traspaso de su propiedad al cabo de treinta años. Eso les llevó a rechazar su oferta por parecerles una astuta maniobra tendente a impedir lo que, según su creencia, iba a decretarse para toda Rusia en el inmediato futuro. Esta reacción suscitó en Tolstói un inmenso desprecio por los *mujiks*, en contraste con el amor por ellos del que haría ostentación en su vejez (en sus últimos años, fue tal su identificación sentimental y moral con los *mujiks* que incluso adoptó como propios sus modales y su forma de vestir)[13]. También le motivó el envío de una carta a un ministro del zar en la que, entre otras cosas, le hacía partícipe de su inmenso temor por la posibilidad de que estallara una sublevación popular y, asimismo, le transmitía su íntima convicción de que “la justicia histórica exige que se deje la tierra en poder de los propietarios rústicos[14]”. No obstante, cuando finalmente se decretó la abolición de la servidumbre en 1861, Tolstói colaboró en su aplicación como “árbitro de paz” mediando y proponiendo soluciones a los conflictos suscitados por las condiciones establecidas en el decreto[15].

A partir de 1879-1880 (ya en la cincuentena y después de lo que el propio escritor denominó “su segundo nacimiento”) su evolución ideológica le llevó a convertirse en un público y notorio opositor al régimen autocrático de los zares, algo que no puede decirse que hubiese sido con anterioridad. Lo que le acarreó, por cierto, la excomunión por parte del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa, la prohibición y censura de la mayor parte de sus escritos y ser vigilado e investigado de forma permanente por la policía zarista hasta el mismo día de su muerte. Síntomas inequívocos de que se había producido un cambio sustancial en su concepción de la salvación personal. Tolstói, desde entonces hasta

su fallecimiento en 1910, se convirtió en el propagandista de un ideario que, con alguna excepción relevante, era profundamente contradictorio con la mayor parte de su vida anterior. La relevante excepción fue su misoginia. Máximo Gorki, que lo conoció y trató tras su “segundo nacimiento”, dijo en cierta ocasión que Tolstói hablaba sobre las mujeres con la brutalidad de un campesino ruso[16]. Eso fue así, por lo que sabemos, desde el principio hasta el final de sus días.

3

Parece claro que su “segundo nacimiento” tuvo su origen en motivos estrictamente personales: en una crisis de madurez provocada por el miedo a la muerte. Y no es difícil imaginar por qué: en menos de tres años, de 1873 a 1875, Tolstói asistió a la muerte de tres hijos suyos y de dos tías con las que tenía una intensa vinculación sentimental. Afectado por lo que hoy sería diagnosticado como una depresión clínica (con tentaciones de suicidio incluidas), Tolstói creyó encontrar una tabla de salvación en la práctica de la religión institucionalizada, siguiendo de este modo el ejemplo de los campesinos rusos, cuya serena aceptación de la miseria, las enfermedades y la muerte suscitaba en él una profunda admiración. Por eso, para este Tolstói de cincuenta años, los “simples” eran infinitamente más sabios que todos los filósofos y científicos. Muy pronto, sin embargo, su insobornable amor a la verdad le obligó a reconocer que todas las iglesias cristianas habían instrumentalizado la doctrina moral de Jesucristo en beneficio de los estados. Comenzó entonces una intensa tarea de estudio y reflexión sobre el significado de los Evangelios que dieron como fruto: *Mi confesión* (1879), *Crítica de la teología dogmática*

(1880), *Concordancia y traducción de los cuatro Evangelios* (1882) y *¿Cuál es mi fe?* (1883). De estos trabajos se puede extraer lo que Henri Troyat denomina con ironía el “Evangelio según San León” y que con posterioridad tanta admiración despertaría en un filósofo de la talla de Wittgenstein[17] o en Mohandas Gandhi, líder de la lucha anticolonial en la India.

De todos los escritos mencionados, *¿Cuál es mi fe?* es el que contiene el núcleo sustancial de lo que después se conocería como “tolstoísmo”. Ahí, tras rechazar la creencia en los milagros, en el misterio de la Santísima Trinidad, en la reencarnación de Cristo y en su supuesto y exclusivo carácter divino (o dicho de otra manera: que Jesucristo es tan hijo de Dios como lo puede ser cualquiera), Tolstói sostiene que la esencia del cristianismo consiste, antes que nada, en un conjunto de normas que los hombres deben seguir para vivir en común. Estas pautas de comportamiento creyó poderlas deducir a partir de una interpretación —para él la única verdadera— y refundición de los cuatro evangelios en uno solo, cuyo eje central sería el Sermón de la Montaña y que para el escritor expresaría la suprema y eterna ley divina.

De esta ley se deducirían cinco mandamientos básicos: no montar en cólera, no cometer adulterio, no jurar en falso, no resistir al mal con la violencia y amar a Dios y al prójimo como a ti mismo. La práctica colectiva de estos cinco mandamientos debería llevar a la paz entre los hombres o, lo que en su concepción era lo mismo, a la “instauración del Reino de Dios en la Tierra”. También tendría otro efecto que al gran escritor ruso le interesaba sobremanera: la superación de la muerte[18].

Vale la pena señalar, a propósito, algunas peculiaridades del Dios de Tolstói porque no en vano su teología pretendía ser antidogmática. El Dios tolstoiano no es el Dios de la escolástica medieval. Se trata, más bien, de un Dios enten-

dido como “principio indefinido de la vida[19]”, como el “todo”, como ese “infinito del que me reconozco como parte”[20], lo que da a sus creencias un carácter panteísta. Por otro lado, el Dios tolstoiano es también un sentimiento moral. Para él “Dios es el amor”[21] y “el fin de la vida es el bien. El bien no está más que en el servicio a Dios y en el aumento de amor en el mundo”[22]. Como apunta Steiner, al negar cualquier clase de milagro y al convertir la divinidad en el “principio” de la vida y en un sentimiento moral, el escritor ruso crea en su mente un Dios profundamente pagano[23].

Un Dios pagano que de todas formas no se mantiene pasivo ante el devenir de la historia humana. Tolstói, en la segunda parte del citado epílogo de *Guerra y paz* y en un artículo posterior de comentario de esta obra publicado en 1888[24], critica y rechaza cualquier intento de exponer unas leyes materialistas que en teoría guiarían el curso de la historia humana. Con una virulencia y mordacidad notables, arremete contra todos los historiadores que creen saber a qué causas responde la historia de los pueblos y, por tanto, que se creen capaces de decir algo sustancial sobre “el sentido de la historia”. Intentos fallidos todos ellos porque nadie ha podido ni podrá conocer nunca, mediante comprobación empírica, la multiplicidad de motivos y circunstancias que impulsan a actuar a todas y cada una de las personas que participan en los acontecimientos históricos, en particular en las guerras y en las grandes batallas.

Desde su perspectiva, el “sentido de la historia” solo es cognoscible mediante la intuición. Esta nos revela, dice el escritor, que la vida de todos los seres humanos está determinada por una eterna e inmutable “ley natural”. Y con ello no pretende negar por completo la libertad humana. Cree que las personas pueden decidir libremente aquello que les afecta a ellas solas; pero estima que esa libertad cesa en el momento en que entran en relación unas con otras. La